



YANDUBAYU

ADOLFO BERRO

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

YANDUBAYU

ADOLFO BERRO

Siguiendo va por un bosque
del Paraná renombrado
a Yandubayú, cacique,
el sanguinario Carvallo.

Vuela el indígena, y sólo
se para así que lejano
de Juan Garay y su tropa
ve al atrevido cristiano.

Entonces, cual tigre fiero
que sobre el toro inmediato
revuelve y la aguda zarpa
clava en el cuello gallardo,

él, esquivando la espalda
de furibundo lanzazo,
ha, con los brazos ñudosos,
a su enemigo aferrado,

Tremenda lucha se traba,
que son los guerreros bizarros,
y a su contrario dar muerte
los dos al cielo juraron.

Mil veces el indio fiero
cree ya vencido a Carvallo;
pero mil veces sin fruto
le anuda al cuello los brazos.

Rendido, en fin, al esfuerzo
de aquel luchar tan extraño,
víctima ya del cacique,
era el soberbio cristiano:

cuando, del ruido avisada
que hacen las voces de entrambos,
a despartir la pelea
que guarda el bosque callado.

Por ella en castos amores
se está el cacique abrasando,
y por haberla, ofreciera
a grave empresa dar cabo;

cinco terribles guerreros
tiene a la lucha emplazados,
pues ofendieron sus deudos
y él ha jurado vengarlos.

"¡Así te olvidas, cacique,
de tus promesas? ¡Ingrato!
¿Así en combates, sin premio
digno de tu heroico brazo,

la vida expones que sólo
has de arriesgar en el campo,
donde triunfante la esposa
debo ofrecerte la mano?

¡Ay! deja, deja te ruego
a ese enemigo soldado,
y guarda, guarda tu esfuerzo
para combate más alto".

Dijo la india, y al punto
soltó el cacique a Carvallo;
de paz la diestra tendióle
sin rastro alguno de enfado.

De Liropeya así cumple
Yandubayú los mandatos;
luego tranquilos y juntos
se van los dos retirando.

Fresca y hermosa es la india,
bien lo notó el castellano,
que por falaces deseos
y torpe saña llevado,

hunde la espada traidora
en el cacique preclaro,

que cae sangriento y sin vida
de Liropeya en los brazos.

Como la tórtola blanda
viendo a su amante llagado,
por el mortífero plomo
que le echó al suelo del árbol,

que nunca oídas querellas
asorda bosques y llanos
aun a piedad las entrañas
del cazador excitando.

Así con voces sentidas,
vertiendo lúgubre llanto
sobre el cadáver que estrecha
contra su seno torneado,

la hermosa indígena increpa
al matador inhumano,
y a su maldito destino,
que a tal desgracia la trajo.

De allí llevarla procura
con tiernos ruegos Carvallo:
pero ella airada resiste
sus seductores halagos.

En fin, volviendo los ojos
al desleal castellano,
"Seguirte quiero, le dice,
si con tus ágiles brazos

abres la fosa que encierre
este cadáver helado,
para que pasto no sea
de los voraces caranchos".

Lleno de impróvido gozo
suelta la espada el villano,
y empieza a abrir el sepulcro
del que mató descuidado.

En él le arroja, y le cubre
después con tierra y guijarros,
y adonde está Liropeya
vuelve contento sus pasos.

Ella del suelo ligera
el fuerte acero ha tomado,
y al español inclemente
fiera mirada lanzando,

"Abre otra fosa, le dice,
¡oh maldecido cristiano!",
y con la espada sangrienta
se pasa el seno angustiado.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

